LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 24 DE FEBRERO DE 1890 — NÚM. 426

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL NIÑO MIMADO, cuadro de Francisco Simm

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.* – *Las botas de mi amigo Ricardo* (novela realista), por D. Rafael de Nieva. – *El cuento,* por J. V. – *Balance geográfico de* 1889. – I. *El continente negro.*

GRABADOS. – *El niño mimado,* cuadro de F. Simm. – *En auxilio de los náufragos,* cuadro de R. Jordán. – *En el hospicio de ancianas,* cuadro de L. Van Acken. – *Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros,* cuadro de A. Gisbert. – *La oración,* escultura de P. Carbonell. – *El Rey y la Reina de Choa* (Africa oriental). – *En el «foyer» del baile,* cuadro de F. Fehr.

NUESTROS GRABADOS

EL NIÑO MIMADO

cuadro de Francisco Simm

Mimos y blondas, halagos y bienestar: ¡cuán envidiable es la suerte del ser que desde la cuna se ve rodeado de cuanto hace grata la existencia! Sin embargo, así como hay cariños que matan, así también hay mimos que empalagan, y hasta las criaturas no pueden sobrellevar esas exageradas muestras de afecto, que con frecuencia se las prodigan. Más de una vez debe haberse fijado en ello el distinguido autor de este bonito cuadro, á juzgar por la expresión de disgusto retratada en el semblante del pequeñuelo, objeto del irreflexivo agasajo de las personas que le rodean: su rostro parece verdaderamente una fotografía, lo mismo que el del viejo y galoneado servidor que contempla al tierno vástago de sus nobles señores con el cariñoso interés, propio sólo de esos criados que encanecen al servicio de una familia. El lujo del aposento, así como el de las damas, revela que se trata de la de algún magnate, y trajes y muebles son característicos de la época elegida por el autor para su asunto, así como característicos de la inteligencia pictórica de Simm son el conjunto y la ejecución de esta obra de arte.

EN AUXILIO DE LOS NÁUFRAGOS

cuadro de Rodolfo Jordán

Larga, pero aprovechada, ha sido la carrera de este pintor, recientemente fallecido á la edad de ochenta años. Su entusiasmo artístico no ha desfallecido un momento en el curso de su prolongada existencia, y á esa edad en que el pulso tiembla, la vista se debilita y las facultades empiezan á embotarse, aun pintaba cuadros con el mismo afán que en sus verdes años. Aunque aventajado en todos los géneros, sobresalía en las marinas que le han dado particular renombre.

Una de estas ha sido su última obra, representada en nuestro grabado. Figura un temporal en las procelosas costas de Normandía, de la cual parte un bote salva-vidas tripulado por animosos marinos dispuestos á arriesgar su vida por salvar las de los tripulantes de un buque próximo á naufragar. La escena está trazada con todo su terrorífico interés, no exento de cierta poesía, y en la muchedumbre que desafiando la inclemencia del tiempo se agolpa en la playa y sigue con afanosa mirada el bote que se aleja, se nota esa excitación que en todos produce la inminencia de una lamentable catástrofe, así como el deseo de que la abnegación de sus compañeros no sea infructuosa.

El pincel que ha trazado este lienzo estaba en manos expertas; así se conoce á primera vista.

EN EL HOSPICIO DE ANCIANAS

cuadro de L. Van Acken

Siete ancianas reunidas en un cuarto del asilo benéfico en que su miseria les ha obligado á buscar refugio, se entretienen jugando á los naipes, y á falta de dinero atraviesan... el honor de la victoria.

El asunto del lienzo es sencillo; pero lo avaloran las diferentes expresiones y actitudes de sus figuras perfectamente entendidas. La que se destaca en el centro acaba de echar una carta que le hace ganar la partida. La jugadora del gorrito no puede ocultar el despecho que le causa aquel golpe inesperado, mientras que una tercera, contemplándola con aire de mofa, celebra la derrota de su contrincante.

A la izquierda, otra anciana dormita en un sillón; parece pertenecer á clase social muy distinta de las anteriores, y convencida de su superioridad real ó supuesta sobre ellas, apenas se digna mirarlas. Las dos viejas de la derecha hablan de cosas pasadas, ó quizás de esas intriguillas que no faltan en todo centro donde se reune mucha gente forzosamente desocupada.

¡Pobres viejas! Confiemos en que no surgirá entre ellas ninguna rencilla: anhelemos que puedan terminar sus días en paz.

Mañana quizás no existan, y no habrá nadie que las dedique un recuerdo.

FUSILAMIENTO DE TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS, cuadro de A. Gisbert

De todos es conocida la negra traición merced á la cual el ilustre general Torrijos, campeón de la idea liberal, cayó en poder del *verdugo de Málaga,* general González Moreno, puesto de acuerdo con tal objeto con el ominoso gobierno presidido por Calomarde. Por eso juzgamos ocioso trazar, aunque fuese á grandes rasgos, la causa y origen del tristísimo episodio que representa el notabilísimo cuadro de nuestro compatriota el Sr. Gisbert, para dedicar tan sólo algunas líneas á este episodio en sí.

Torrijos y sus cincuenta y dos compañeros fueron condenados á muerte por «el delito de alta traición y conspiración contra los sagrados derechos de la soberanía de S. M.,» que tal significado se dió en aquella tenebrosa época al propósito de enarbolar la bandera constitucional; y todos los aprehendidos se prepararon á morir con la resignación y tranquilidad de buenos cristianos y la serenidad y entereza de hombres libres. A las once de la mañana del 11 de diciembre de 1831, dice el Sr. Lafuente, se consumó aquella lamentable hecatombe humana, que había preparado la más inicua alevosía, que escandalizó al mundo y llenó de amargura y de ira todos los corazones sensibles. Cincuenta y dos desgraciados fueron pasados por las armas, y regaron con la sangre de los mártires políticos aquel campo de muerte, en unión con el noble é ilustre general Torrijos. Había éste pedido por gracia mandar el fuego y recibir la descarga sin que le vendaran los ojos, pero no le fué concedida. Todos los cadáveres fueron conducidos en carros al cementerio; al de Torrijos se le colocó en un nicho, que compró después su viuda, y en que permaneció hasta que el ayuntamiento de Málaga construyó un monumento en la plaza de la Merced ó de Riego, al cual fué trasladado y encerrado dentro de tres cajas, una de plomo, otra de caoba y otra de cedro.

Tal es el triste episodio que conmemora el cuadro de Gisbert. Con respecto á la ejecución de esta obra, ningún elogio debemos añadir á los que de ella ha hecho la más exigente crítica; sólo se nos ocurre decir que el cruento é infame acto llevado á cabo en las playas malagueñas ha tenido un dignísimo intérprete en el artista que legará á la posteridad un nombre ilustre por sus admirables obras.

LA ORACIÓN, escultura de P. Carbonell

Es *La oración* una nueva obra de nuestro compatriota Carbonell, autor del *Arquitecto Fabre* y de *Cataluña,* hermosas estatuas que ornan el Salón de San Juan y el monumento de Colón, ambas reproducidas en números anteriores de este periódico.

Iguales cualidades brillan en esta figura que en las citadas y que distinguen á su autor; sobriedad en la ejecución y solidez, á la par que justa concepción para explicar el asunto, el pensamiento que mueve su experta mano.

El público ha podido apreciar esa obra en el Salón Parés no ha mucho, y por cierto que coincidió su exhibición con la llegada de un bronce de París de igual asunto y de parecido aspecto. Conste, sin embargo, para justa satisfacción de nuestro artista que su *Oración* fué concebida y ejecutada muchísimo tiempo antes de que la obra francesa fuera conocida, pues hace por lo menos dos años que tuvimos el gusto de contemplar el boceto de la bonita estatua que reproducimos. Otra cosa no podía ser tratándose de un artista que contribuye, como el que más, el esplendor de la escuela catalana de escultura.

EL REY Y LA REINA DE CHOA (África oriental)

Los acontecimientos que de algún tiempo á esta parte se están desarrollando en la parte nordoriental de Africa, ya con motivo de la lucha sostenida entre italianos y abisinios, ya por las contiendas intestinas que han estallado entre los segundos después de la muerte de su rey Juan, hacen que Europa dirija con alguna frecuencia sus miradas hacia allí.

Estas contiendas parecen resolverse en favor del rey Negusa Nagash Menelik de Choa, por lo cual creemos de oportunidad publicar su retrato así como el de su mujer, robusta africana que lleva en sus facciones impresos todos los caracteres del tipo abisinio.

La reina de Choa, hija del difunto rey Juan, es mujer dotada de talento natural, afable y nada opuesta á la civilización europea, como lo ha demostrado procurando con su valiosa influencia que se introdujera en lo posible en aquella parte del Continente Negro.

El rey Menelik era, durante el reinado de Juan de Abisinia, uno de los más poderosos jefes tributarios, y llegó á ceñirse la corona del país de Choa por su arrojo y sus proezas en la guerra.

EN EL «FOYER» DEL BAILE

cuadro de Federico Fehr

Presentado en la Exposición de pinturas de Munich

En los grandes coliseos del extranjero no falta un salón de descanso ó *foyer,* especialmente destinado á la sección de baile, y al que suelen concurrir los abonados más asiduamente que al *foyer* del público. Y se comprende. Los admiradores de la belleza plástica tienen en aquél ocasión de satisfacer sus aficiones artísticas y de entablar animados coloquios con las espirituales jóvenes que con tanta volubilidad mueven las puntas de los pies como la de la lengua.

Sólo que la plasticidad de la belleza tal como la presenta el autor de este lienzo, si es el ideal de las razas septentrionales, no corresponde al que de ella nos formamos en los países del mediodía; pero, esto no obstante, la obra tiene detalles que la hacen apreciable y el autor revela en ella soltura á la par que firmeza en el difícil arte del dibujo.

LAS BOTAS DE MI AMIGO RICARDO

(NOVELA REALISTA)

PRIMERA PARTE.

En aquella pícara cabeza, redonda, resuelta, escultórica, había talento, y en aquella cara de patina atezada como la de un africano, de facciones lascivas, de ojazos negros y brillantes, había genio y un no sé qué de socarronería y de fuerza de voluntad incontrastable; ardiente sangre vigorizaba aquella naturaleza próvida.... y sin embargo, Ricardo estaba flaco; muchas veces—aunque él era más bien bajo que alto—se me figuraba estar viendo, particularmente cuando lo estudiaba de perfil, como nosotros decíamos, al poeta Pedro Gringoire; y eso que maldita de Dios la semejanza que tenía con el simpático personaje de *Nuestra Señora de París.*

Pero sí la tenía, y he aquí el quid de mi comparación: porque si aquella osamenta, prodigiosa por lo fuerte, si aquel armazón de huesos que recorría diariamente cuatro veces lo menos, la distancia que media entre el Barranco de Embajadores y la calle de Recoletos, donde teníamos el estudio, se hubiera visto en peligro de muerte, so pena de que alguna princesa del Lavapiés, de las Vistillas ó del Rastro, le aceptase *gratis et amore* como marido, tengo para mí que á no repetirse la milagrosa aparición de una segunda Esmeralda, y esas cosas sólo ocurren, por desgracia, en las novelas románticas; Ricardo perdía el pellejo, que realmente era lo único que tenía que perder, como todos nosotros.

¡Nosotros! He aquí una palabra que aun me conmueve; porque esta pícara declinación del pronombre, me recuerda á algunos buenos camaradas que han muerto; á otros no tan buenos (como amigos, se entiende) que han triunfado en la lucha y que ya no existen para el sentimiento de la amistad; y á otros que vivimos, ¡doblemos la hoja! El hecho es que entre todos ellos, escritores, pintores, poetas, discípulos del Conservatorio de declamación y música, artistas é *ingenios* en embrión, *in herba,* como dicen los italianos, había muchachos de talento, de gran alma, de imaginación prodigiosa, riquísima florescencia de esperanzas que en su mayor parte ha marchitado el viento del infortunio, y... y juntos alquilamos aquellos dos sotabancos fronteros, en el promedio de la calle de Recoletos, que custodiaba un perrazo de la propiedad de la cofradía, á quien solemnemente bautizamos con el nombre de *Nerón* y una ilustre dama, la portera, que había sido comparsa del teatro de la Cruz, cuando el inolvidable Lombía refundió y representó *El Trapero;* á la que llamábamos madame Pipelet, en recuerdo eterno de la esposa del casto víctima de Cabrión.

Además ¿cómo no recordar aquel estudio? El pintor catalán Tapiró, que ya trabajaba en Roma, nos remitió para la apertura un boceto de su íntimo amigo Fortuny y una preciosa vista de la iglesia de *Santa Croce* de Florencia, pintada por él, que entonces se dedicaba con afán á la perspectiva, porque su sueño dorado era llegar á ser un gran escenógrafo; Balaca, el inolvidable Balaca, hizo allí sus primeras pruebas; un actor principiante, destinado á la celebridad y ¡ay! á prematura muerte, nunca bastante llorada; el noble, el generoso, el gran Rafael Calvo, ensayaba allí *Los amantes de Teruel* y *El delirio del rey D. Pedro;* y una noche la policía fué á llevarse á aquel D. Pedro de diez y ocho años, que tenía á la vez el alma de artista, de poeta y de tribuno!... Pero no se lo llevó: madame Pipelet fué su salvadora, ó mejor dicho, su angelical sobrina. ¡Pobre Eladia! Era rubia, flébil, vagarosa y poética como Ofelia; se sentía atraída por el arte como la mariposa por la llama, había nacido tal vez para la escena; y al volver yo á Madrid el año sesenta y nueve, la hallé en el Prado, vendiendo *rosas* y *pita* (1) á las altas horas de la noche, con un *industrial* famoso por su brutalidad y sus borracheras, de apodo heroico: le llamaban *Garibaldi!*...

Pero vamos al objeto de estas parrafadas.

A principios del invierno del sesenta y cuatro, Ricardo —más flaco cada vez—desapareció del *estudio* y de la calle de Sevilla y del Café Oriental.... ¿Estaría enfermo? ¿Se habría suicidado?

Acudimos á su tugurio; y su patrona D.ª Nicolasa Escobilla, nueva Calipso de cincuenta abriles, nos manifestó *que jamás se consolaría de su marcha;* pero que él se había llevado la sombrerera, la bufanda y la Venus *impúdica* que tenía al lado de la cama, y que no sabía su paradero.

Mariano, nuestro legendario mozo del Oriental, me dijo con cierto énfasis misterioso y melodramático:

– ¡Yo le dí de cenar hará unos quince días, porque me trasladase al papel mi retrato que había dibujado en el mármol de la mesa! Cenó bien... y no le he vuelto á ver! Pero... ¡andaba de un modo al irse! ¡Miraba de un modo al suelo!...

¡Ah! ¡miraba sus botas! – él mismo me lo dijo después —¡miraba ese adminículo indispensable del decorum social, honra del bípedo implume que le calza, si están nuevas y son de buen corte; y padrón de ignominia, si el cordobán descosido, pregona la miseria del ciudadano que arrastra tales apéndices!

Miraba sus botas y contemplando la ruina irremediable de aquella obra maestra de *Reinaldo,* se juró – bien podía jurarlo – no comer pan á manteles, ni andar por donde anduviese la gente, hasta que su base de sustentación fuese digna de un sacerdote del divino arte de Rubens y Murillo.

Pero... ¿cómo lograrlo? la sombrerera, la Venus á quien tan mal trataba D.ª Nicolasa, y hasta la caja de colores, se habían ido quedando en la clásica posada de la Aduana y en la no menos clásica hostería de la calle de Jardines: no tenía paleta, ni pinceles, ni tela, ni esperanzas, que es lo menos que se puede tener; cuando sus ojos, hundidos y melancólicos como los de los frailes extáticos de Zurbarán, distinguieron entre el barro de la calle de Trajineros, por la que á la sazón discurría, un objeto rectangular; la tapa de un cajón de cigarros; Ricardo hizo un gesto, miró á derecha é izquierda, y como apenas pasaba nadie, se inclinó y...

– Ya tengo tela, – se dijo; y echó á correr como si hubiera cometido un delito hacia el *Museo de Pinturas.*

Eran las ocho de la mañana, nadie había aún en las salas de estudio: los lienzos cubiertos, dormían en los caballetes, esperando el *fiat-lux* de la creación artística; las cajas de colores estaban cerradas, y la mayor parte sujetas al caballete respectivo con cadenillas; varias paletas sueltas, destacaban aquí y allá sobre las cajas y las ménsulas esparcidas en el salón, sus vivos matices; uno de los mozos de limpieza canturreaba con voz becerril en el patio «La Pepa de los Lunares,» *spartito* muy en boga en la época; el hielo se posaba en los arriates de los jardinillos contiguos; los retratos de la escuela flamenca parecían mirar, por entre las abiertas puertas, en son de reto, la *Rendición de Breda* del insigne Velázquez; el cierzo del Guadarrama penetraba en las vastas estancias como ministro plenipotenciario de su hija la pulmonía; y Ricardo,... febril, exaltado, contemplaba con la mirada atónita, las vírgenes, los santos, los frailes, los enanos, los guerreros, los bufones y los reyes de la Casa de Austria, desde el magnífico Carlos de Gante, gloria del Ticiano y de España, hasta el cadavérico Carlos *el Hechizado,* muerto viviente cuya lenta agonía dió la inmortalidad á Claudio Coello; fijos los ojos en las manecillas de los relojes y sintiendo repercutir en su cerebro debilitado, hueco, el *tic tac* de su pulso y el de su corazón, que palpitaba como si quisiera romperse á cada segundo que trascurría. – ¡Si en la cueva encontrase algo! – murmuró sordamente Ricardo, más pálido que el Cristo de Velázquez en cuyo cárdeno rostro, medio cubierto por la cabellera, húmeda del sudor de la agonía, tenía fijos los extraviados ojos.

Y efectivamente, en la cueva del Museo, en el *muladar del arte,* halló un pincel roto, enmohecido, inservible para quien no estuviese inspirado por la *décima musa* (que es una musa... *melenuda)* y un pedazo de paleta. En la-

(1) Hojaldre ordinario que compran en Madrid los muchachos, y aguardiente.



EN AUXILIO DE LOS NÁUFRAGOS, cuadro de Rodolfo Jordán

var *aquello* tardó una hora: lo demás fué breve: con un tacto de desesperado fué robando en las paletas dispersas los colores que le hacían falta y colmando la suya, ó mejor dicho, el trozo de paleta que le había brindado la suerte.

Al anochecer del día siguiente tenía botas; había dejado por ellas á D. Crispín Becerro y Cerote, insigne *artista en obra prima* en la calle del Carmen, una *Magdalena*, que más tarde sacó del cautiverio y logró vender á un aficionado á penitentes bonitas y baratas, en *doscientos cuarenta reales:* los sudores que pasó Ricardo para pintarla valían más; pero en fin, desde entonces pintaba en cajas de tabaco, *cantaoras*, toreros, escenas del género *flamenco*, y logró ir tirando: más tarde Cerote, que era rico, que le había tomado simpatías y que llegó á ser concejal de Madrid, se declaró su *Mecenas*, le honró confiándole su retrato, y como Ricardo le pintó con *medalla y tóos los requilorios*, como D. Crispín quería, el buen concejal se despilfarró y le *dió dos mil reales;* luego volvió á caer, estuvo gravemente enfermo, y por fin desapareció de la escena. Todos le creíamos en Roma, porque sabíamos que Ricardo era más testarudo que pobre, y lo que él decía siempre:

– ¿Veis estos altos y bajos? *Pues yo al fin he de ponerme las botas!* – y Ricardo era hombre para cumplirlo, aun sin el auxilio de Cerote.

. . . .

SEGUNDA Y ÚLTIMA PARTE

(Páginas de la dulce vida de provincias.)

¡Cuán fugaces los años ¡ay! se deslizan... y yo iba á deslizarme, y... á sublimar con *mi brillante prosa* los versos *trasnochados* de Espronceda!... pero aun no he llegado á la región de los... *iguales*, que diría Víctor-Hugo: aun no tengo *talla para*... y eso que ya soy talludito!

. . . .

Era al anochecer: la calle tortuosa y escasamente alumbrada; de distancia en distancia, tiendas de muy mal gusto, á manera de barracas de feria, mostraban en mezquinos escaparatillos mil bujerías colocadas sin arte, y sin embargo, con pretensión churrigueresca que entristecía el ánimo é inspiraba cierta especie de desorientamiento y de estupor. Pero la poca gente que transitaba por la oscura y mal empedrada vía, no debía considerarlo así; porque apenas topaba con alguna tiendecilla algo menos nebulosa, en la que á través de sus vidrios no nada limpios se viesen telas de colores vivos, estampas francesas barnizadas, que brillaban como los caramelos, ó fotografías *inapreciables*, allí se paraba en seco, y caballeros y señoras y chiquillos arrimaban la nariz al *ostentoso* escaparate, como si tratasen de aspirar siquiera el perfume de tantas preciosidades, pintándose en sus fisonomías recelosas y burlonas la más patriarcal admiración y... cierto orgullo de *ciudadanos* satisfechos.

La calle era larga y desigual y á espacios bastante ancha; y de vez en cuando, un descuadernado *quitrín* del año treinta la atravesaba produciendo en el empedrado ese ruido sordo y sepulcral, ese *trac trac, trac trac* de los coches viejos, que ataca los nervios como el crujimiento de los huesos; pero no obstante, aquella *ruina*, arrastrada por pacíficas mulas que iban al paso, ó por jamelgos de plaza de toros, conseguía que se parase la gente como embobada y que las mujeres dijesen á los niños:

– ¡Cuidado, hijos, que viene un carruaje!

¡Aquello era un carruaje!, y la exclamación que el miedo arrancaba á las madres, la única que turbaba el sordo rumor de los transeuntes, que discurrían procurando hacer el menor ruido posible, hablando por lo bajo y con cierto misterio; mirándose los unos á los otros con curicsidad malévola, desde la coronilla hasta los talones, y mirándome á mí... con más curiosidad todavía.

Yo lo observaba, produciéndome aquel parpadear continuo, el escozor y la inquietud que producen las trompetillas de los mosquitos; yo observaba que varones y hembras, aprovechándose de todos los recodos, de todos los portales, de todas las esquinas para parapetarse, me miraban cambiando sonrisitas de inteligencia, como diciéndose: – ¡Vaya un ente! ¿de dónde habrá salido ese quidam?...

Y yo... bajaba la cabeza – hay ocasiones en que se baja siempre – y apretaba el paso, y equivocándome aquí, preguntando allá, aun á trueque de las risitas y de las miradas burlonas que llovían sobre mi individuo como puntas de alfiler, dí al fin en el umbral de un café, al menos tal decía la muestra, adjudicándole el pomposo título *del Universo;* con cuyo dueño, único ser que poblaba *aquel mundo*, si se exceptúa un gatazo enorme que al verme se puso hecho un erizo, sostenía á poco el siguiente diálogo:

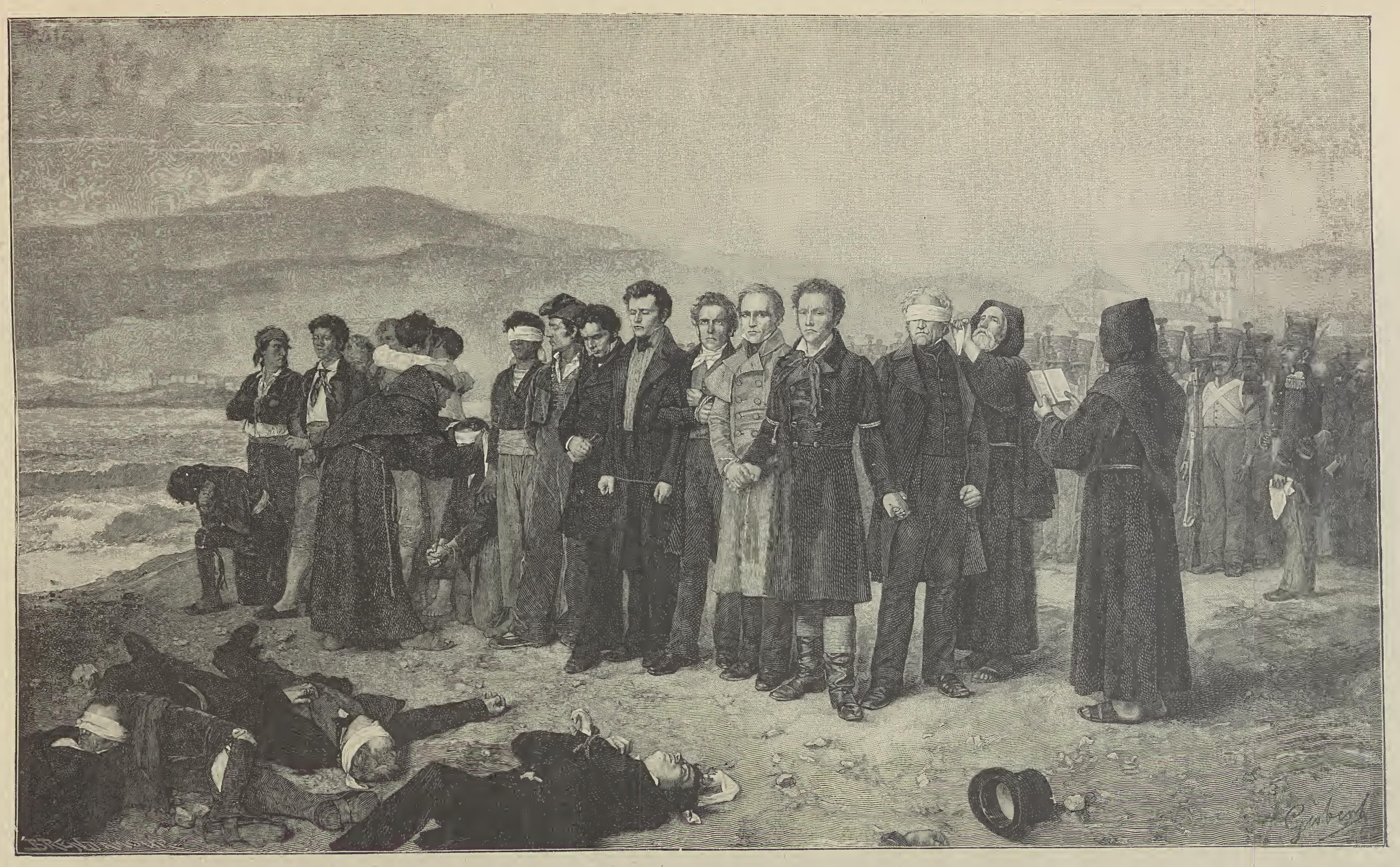
– ¿Luego ese... caballero, es tan tratable? – decía yo con voz insegura.

– Sobre que le digo á V. – respondió el cafetero – que aquí en *Ciudacándida*, es el único que hace *esas cosas*... así..., vamos, tan desinteresadamente; pero... ya se ve: él ha vivido años en aquella liorna, y sabe más que Merlín, y... pues! se atreve á todo. No: no nos chasqueará como el otro de ayer, que es un púa!... ¡Si yo le contase á V. la historia del otro! ¡Si es un tunante!... ¡Si su mujer!... Pero nó, que éste!..; más de tres mil duros le birló á su suegro antes de casarse con Clarita; bien es verdad... por supuesto, esto se lo digo á V. con toda reserva, eh? (y aquí el cafetero guiñó el ojo, el único que poseía, porque era tuerto; y me habló al oído)... Pero, amigo mío, el padre era hombre de mucho dinero; notario é hijo de notario, y... dicen malas lenguas, que anduvo en cierto codicilo... eh? pero veo que está V. impaciente y también quiero ser breve, que en todo el barrio y en toda *Ciudacándida* saben que yo, en lo que no me parezco á mis paisanos, no soy amigo de cuentos, ni de chismes, ni de historias... no señor: mi norma es mi norma; y la seriedad... sólo que usted me ha sido tan simpático! anoche, con franqueza, *me hizo V. feliz!* ¡Cuenta V. con *tanta gracia* sus penas!... ¡Con que ya sabe V.: pecho al agua y á él! ¡Ah! ¡mucho ojo con D.ª Clara, y más ojo... – y aquí el cafetero volvió á guiñar el suyo – con cierta primita de D.ª Clara, que... eh? Pero por supuesto que no le diga V. que yo le envío, ni que lo entienda nadie. ¡Por Dios que aquí se sabe todo! ¡que no es como allá!... con que lo dicho: calle *Honda de revolcones;* esa que está allí... á la derecha, donde está parado aquel farolero, junto á aquella botica por donde pasa aquella muchacha del lío, á quien va siguiendo aquel señor gordo con el pretexto de mirar las tiendas. ¡Valiente hipócrita! ese... es *D. Severo Pejelargo*, cofrade de San Vicente de Paul, que por las mañanas ayuda á misa dándose golpes de pecho y por las noches... ¡Uf! ¡Váyase usted, nos han estado oyendo!

Y el cafetero dió un portazo y yo me encontré en mitad del arroyo, comprendiendo, al ver á mi rededor cinco ó seis chiquillos y dos ó tres mozalbetes que me contemplaban como si en vez de mirar á un ser de su raza y de su siglo, sorprendiesen *en fragrante delito de existencia* á un fósil prehistórico animado en forma humana por arte del mismísimo diablo, que la exclamación del tuerto era fundada, y urgentísima la necesidad de libertarme de aquellos tenaces *admiradores;* y dicho y hecho, describiendo curvas que dieran qué hacer á un geómetra, me emboqué en la calle de Revolcones *honda ó no honda*, que no estaba yo para pararme en adjetivos, y ví una tienda en que el surtido más abundante era el de fósforos, caprichosísimas cajas de dulces y velas de esperma trasparentes como el ámbar: tienda rumbosa, mayúscula por su disposición estética y su novedad, para la rancia *Ciudacándida;* y ví también, tras el primoroso tablero, á un hombre voluminoso, grueso, envuelto eu una bata de riquísima pana leonada y con un gorro griego del mejor gusto, que prestaba cierto carácter artístico á la cabeza redonda de aquel *bajá de mostrador* y á su barba negra como el azabache, que algunas hebras de plata entretejían; y cuando aquel hombre alzó la cabeza, cuando me fijé en aquellos ojazos rasgados y brillantes como los de un turco, y en aquella boca gruesa, lasciva, *insolente*, no pude menos de dar un grito y exclamar:



EN EL HOSPICIO DE ANCIANAS, cuadro de L. Van Acken



FUSILAMIENTO DE TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS, cuadro de A. Gisbert

–¿Eres tú, Ricardo? Pero ¿es posible que seas tú, el... ¡Ahora sí que me considero salvado!

–¡Calle! – repuso Ricardo poniéndose en pie,—¿tú por estos mundos, *cataclismología*? ¡Chico, qué viejo estás!

Y añadió, *tosiendo* y volviéndose hacia una ventana de la trastienda en la que apareció un rostro de mujer, astuto, *afilado*, envejecido y que contrastaba por su demacración con el de Ricardo: – No es nada, Clara, no es nada, es... un antiguo *conocido*, que venía á hacerme un encargo: anda, anda, que pongan la mesa y avisa á Serafinita que suba... que allá voy!

. . . .

Hasta aquí la narración del *amigo de Ricardo*: el estrambote, *le mot de la fin*, le atañe al articulista.

El ex-pintor ejercía en *Ciudacándida* dos industrias: la una, la que figuraba como *concepto* en el reparto de subsidios de la provincia: la otra, muy loable, hacer... *favores*; y en favor de lo cierto, nadie los hacía en *Ciudacándida* más baratos; apenas pasaban nunca del *ochenta y cinco por ciento* de su valor.

Ricardo vivía bien: una sola cosa perturbaba su envidiable tranquilidad: el excesivo cariño de su mujer; cariño *cantárida*, como él decía en sus momentos de expansión; y la singular repugnancia que su mujer había cobrado á cierta parienta suya llamada Serafina (que realmente era un Serafín), *tercera persona de aquella trinidad* oculta en la pacífica calle de *Revolcones* de la no menos pacífica *Ciudacándida*.

Respecto á su *amigo*... con pocas explicaciones basta: los sucesos que le condujeron á aquella calle y á aquella ciudad, estaban *á duo* con el humorístico apodo con que le saludó desde el mostrador el benemérito industrial.

Tratado de cataclismos viviente, *drama ambulante* era aquel hombre, y un azar de la suerte le había arrojado desde zona bien remota á *Ciudacándida*, y la lucha diaria por la vida, horrible cuando se batalla por seres débiles é inocentes, por pobres criaturas sin más defensa que las del amor paternal, le había arrastrado á la casa del ex artista.

¿Halló en él el auxilio que necesitaba? ¡Bah! halló cien reales que Ricardo le debía desde antes que vendiera su *Magdalena* al concejal Cerote, cien reales que acompañó el *donante* con la *súplica* de que su amigo «no le *afectase más* con exigencias impertinentes en quien no contaba con medios seguros de satisfacer *favores*... al ochenta y cinco por ciento:» súplica que terminó con el siguiente y brillante apóstrofe:

– Porque en fin, desengáñate, chico: si te hubieras dejado de ideales necios, si tuvieras el espíritu de tu época, si hubieras sabido *triplicar en un año mil reales con sólo las operaciones á que se presta el cambio*, á estas horas en vez de pordiosear, te habrías puesto como yo *las botas*.

EPÍLOGO

. . . .

Hace... algún tiempo, pasaba al amanecer de un día de primavera por comarca en que todo sonreía.

Me habían comprometido á ir á una boda, boda espléndida: la de la hija del *ex pintor* Ricardo y de Serafinita *su segunda mujer*, con el hijo de cierto título arruinado á quien la novia le llevaba en dote un millón de reales.

La fiesta fué completa; y yo, tan obsequiado en mi calidad de cronista forzoso del fausto suceso, que al declinar la tarde me escabullí medio desvanecido; y aspirando con ansia los puros aromas del campo, no paré hasta un robledal, donde la fatiga del cuerpo y la del espíritu hallaron cómodo asiento y sosiego.

El crepúsculo vespertino se echaba encima: anchas fajas rojizas teñían el horizonte; el cielo iba trocando sus encajes azules por cenicientas gasas...

De pronto, á lo lejos, entre la niebla oscura se diseñaron las siluetas de un grupo que fué acercándose, acercándose... hasta que le distinguí perfectamente.

Era un grupo bien doloroso: un hombre más envejecido que viejo, calvo en las entradas de la venerable cabeza, con el cabello y la barba encanecidos, con el rostro pálido y desencajado y la mirada fosforescente y arisca y desnudos el cuello y los pies, se dirigía hacia el robledal con inseguro paso; y... ¡cosa extraña! aquel hombre que por lo visto iba preso entre dos guardias civiles, se reía de una manera... *que hacía daño*.

Detrás del preso iba una joven – casi una niña – demacrada también, harapienta... pero cuyos ojos de un azul purísimo parecían los de esas Vírgenes que *Fra Angélico* copió sin duda de allá arriba, arriba... *más allá del firmamento!...*

La niña lloraba... porque el hombre que se reía estaba loco y era su padre.

¿Y sabéis quién era aquel infeliz? El desventurado escritor amigo en algún tiempo de Ricardo; un cadáver-viviente á quien llevaban los guardias á una casa de orates!...

Desde entonces, lo confieso, siempre que cojo la pluma tiemblo; y tengo pensado, si hallo un alma caritativa que me preste lo preciso para el proyecto, dejarme de este *oficio* de muerte, y abrir una carbonería ó una tienda de aceite y vinagre, en fin, cualquier industria que siquiera le libre á uno de la lucha diaria y de la demencia, última serie racional y lógica de tal lucha; ya que en «el mejor de los mundos,» no *haciendo favores al ochenta y cinco por ciento*, es difícil, y tengo para mí que imposible, ponerse *las botas del amigo Ricardo*.

Rafael de Nieva.

EL CUENTO

Artículo tomado del Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano publicado por la casa editorial de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

Para formar en el día el verdadero concepto de lo que por cuento debe entenderse, importa proceder por exclusión. Cuento, en general, es la narración de lo sucedido ó de lo que se supone sucedido. De aquí que en las edades primitivas fuese cuento, ó pudiera llamarse cuento, cuanto se contaba. Vocablos de diversos idiomas dan testimonio de esta verdad. Hablar es lo mismo que *fabular* ó que contar fábulas ó cuentos. *Fabular* en latín, μυθεομαι en griego, *sagen* en alemán, *tell* en inglés, por donde *fábula*, μῦθος, *sagen* ó *tale* equivale á cuento.

¿Como esta significación general del vocablo, ó más bien de la idea misma, *cuento*, ha venido á reducirse ó á restringirse?

En las primeras edades del mundo los hombres no escribían; conservaban recuerdo de los hechos por tradición oral; y, si la memoria faltaba, la imaginación, fecundísima entonces, suplía espléndidamente la falta.

El origen del Universo y la vida de los dioses y de los héroes deificados fueron los más antiguos cuentos, que dejaron de ser cuentos cuando los hombres les dieron crédito y fe y los aceptaron como dogmas de su religión. Cuando no los aceptaron, siguieron siendo cuentos; y cuando los desecharon volvieron á ser cuentos de nuevo.

El inmenso cúmulo de tradiciones y narraciones, aun prescindiendo ya de lo que cada religión aceptó como dogma, vino á formar una materia épica difusa. Entre algunos pueblos de superior inteligencia pronto se formaron idiomas hermosos y surgió la Poesía, sujetándose la palabra á ciertas leyes rítmicas, así para darle más hermosura como para que con mayor facilidad quedase grabada en la memoria. Vinieron entonces los poetas; recogieron, de aquellos *decires* y tradiciones, los que más realzaban la gloria ó el bien de la nación de cada uno de ellos, y nacieron los cantos épicos y hasta las epopeyas grandes, que eran á modo de enciclopedia donde se encerraban los conocimientos y noticias de las cosas todas, divinas y humanas, según entonces se entendían ó se imaginaban.

Lo que entró como elemento en la epopeya dejó de ser cuento, y siguió siendo cuento lo que no entró, ó lo que, arrancado ó desglosado de la epopeya, y tal vez desfigurado ó incompleto, volvió á ser referido por el vulgo.

Más tarde, inventada ya la escritura, y en verso no, sino en prosa, los hombres quisieron conservar la noticia de los sucesos pasados; del origen y fundación de las ciudades, repúblicas y monarquías; de sus guerras, enemistades y alianzas, instituciones, comercio y adelantos, así como de los personajes que más en todo esto habían figurado. Así nació la Historia; y todo aquello que de los dichos y narraciones tradicionales se aceptó como verdad, según la crítica de entonces, y se incluyó en la Historia, dejó de ser cuento, y continuó sin ser cuento hasta que una crítica más alta, más sutil y aguda, ó más descontentadiza, lo expulsó de la Historia por falso ó por no bien probado y verificado, y volvió á ser cuento otra vez.

Debe inferirse de aquí que el cuento vulgar primitivo es como el desecho de la historia religiosa, de la historia profana y de la poesía épica de las diversas naciones, y á veces es también el fundamento y el germen de historias y de epopeyas.

Asimismo se infiere que el cuento fué ficción involuntaria en un principio. No es probable que en un principio nadie se pusiese adrede á imaginar cuentos para divertir. La fantasía de los hombres, su admiración, su gratitud, su terror á veces, rodeaban de circunstancias asombrosas á los personajes que por su valor, sus bríos, su virtud ó sus vicios, habían dominado á sus semejantes y les habían hecho mucho mal ó mucho bien.

Lo más verosímil es que la invención de cuentos con plena conciencia de que se inventaban tuvo origen más tarde en el deseo de dar una lección moral, ó de inculcar, por estilo animado, reglas juiciosas de conducta en la vida.

Así, pues, si el cuento primitivo fué el mítico y heroico, el que siguió inmediatamente, ya con plena conciencia de que el inventor le inventaba, es el cuento moral: la fábula, el apólogo, la parábola y la conseja.

Todos los cuentos primitivos aparecen contados de viva voz y no escritos; no forman parte de la Literatura. En las edades remotas, no bien el cuento se escribe, cuando deja de ser cuento: se convierte en dogma religioso ó en historia.

Sin duda los primeros cuentos escritos, como tales cuentos, ó sea tenidos por ficción por el que los escribía y aun por los lectores, como no fuesen muy cándidos, fueron los cuentos que servían para dar una lección moral, religiosa ó política; pero, como en este caso el fin era lo que importaba, la acción se reducía ó se precipitaba, y la narración era, más que cuento, símbolo, alegoría, apólogo, ó lo que vulgarmente se llama *fábula*, como las de Esopo.

Habiendo sido, por consiguiente, todo cuento, al empezar las literaturas, y empezando el ingenio humano por componer cuentos, bien puede afirmarse que el cuento fué el último género literario que vino á escribirse. Hubo libros religiosos, códigos, poesías líricas, epopeyas, anales y crónicas, y hasta obras de Filosofía y de ciencias experimentales, antes de que apareciesen libros de cuentos.

Y aun, si bien se considera, y salvando pocas excepciones, antes del cuento escrito, existente por sí solo, no incluído como ejemplo en tratados de Moral ó de Filosofía, apareció otro linaje de composiciones, que se funda en el cuento, pero que no es el cuento: apareció la novela. La novela es también narración de hechos fingidos, pero con la pretensión de estar más de acuerdo con la realidad y de ser fruto de la observación y del estudio de los sitios, de la naturaleza, de las costumbres y usos de diversos países, y de los caracteres de los hombres.

Todo esto se observaba entonces, más que con tenacidad y escepticismo, con poderosa y crédula fantasía, por donde, aun en las primitivas novelas, prevalece lo maravilloso fantástico sobre lo real, y, salvo la mayor extensión y reposo con que la novela está escrita, la novela se parece al cuento hasta confundirse con él.

Lo poco común que era comunicarse los hombres de unas naciones con los de otras; las noticias vagas sobre Geografía, y lo peligroso de las peregrinaciones por mar y por tierra, dieron origen á multitud de historias, que fueron cuentos ó novelas. Gigantes enormes y descomedidos, ogros que vivían de carne humana, pigmeos que combatían contra las grullas, arimaspes y cíclopes de un solo ojo, faunos y sátiros y centauros, repúblicas y reinos que no se sabe dónde están ó que se han hundido en el seno de los mares, todo esto fué apareciendo y dando asunto á mil relaciones orales, muchas de las cuales se escribieron después. Tal vez se escribieron como historia y no fueron cuentos sino cuando la crítica las arrojó de la Historia; tal vez volvieron á ser Historia y á dejar de ser cuentos cuando otra crítica posterior y mejor informada las aceptó como hechos reales, ó en su literal sentido ó con amplia y racional interpretación.

De todos modos, el cuento meramente cuento fué, si lo primero que se inventó, lo último que se escribió.

La historia literaria de los pueblos más importantes, historia literaria que ha sido más estudiada y nos es mejor conocida, viene á confirmar esta teoría con los hechos.

Grecia tuvo cuentos no escritos desde el origen de su civilización. Tuvo cuentos milesios, cipriotas, de Efeso y de Sibaris; tuvo cuentos de varios géneros y de diversas regiones; pero tuvo Epopeya, y Poesía lírica, é historiadores como Tucídides, y oradores como Demóstenes, y filósofos como Aristóteles, y hasta tuvo novelistas, ya que la *Ciropedia* de Jenofonte, por ejemplo, debe ser considerada como novela, antes de que apareciesen los cuentos escritos en griego.

Los cuentos, casi nunca inventados por el que los escribe, sino tomados de la tradición ó de boca del vulgo, apenas hay memoria de que se hallasen, entre los griegos, hasta los tiempos de César y de Augusto. Partenio de Nicea, que se dice fué maestro de Virgilio, casi puede pasar por el primer compilador de cuentos. Bajo el título de *Aventuras de amor* reunió treinta y seis.

Pero aun así, debemos notar que los primeros cuentos escritos, como tales cuentos, no fueron aún los cuentos míticos y maravillosos de que hemos hablado, sino más bien fueron *sucedidos*, anécdotas, hechos de sujetos particulares que no registra la Historia, y que el narrador quiere dar á conocer y que sigan conservándose en la memoria de los hombres.

De la misma época y de género parecido son los cuentos de Conón, uno de los cuales, transmigrando y peregrinando de unos países á otros, y no en el libro de Conón, que se ha perdido, y del que sólo se sabe por Focio, ha tenido la honra de ser imitado y realzado con toda la gracia de su estilo por nuestro inimitable Cervantes. El cuento de Conón es el juicio de Sancho Panza sobre el deudor, que afirma haber entregado al acreedor su dinero, después de entregarle un bastón en cuya cavidad estaban escondidas las monedas de oro, importe de la deuda.

El ilustre Plutarco escribió y coleccionó también muchos cuentos. Sus vidas de mujeres célebres tienen á veces el carácter de cuentos, y tal vez en algunas de sus vidas paralelas de héroes griegos y romanos pueda igualmente tildarse mucho de cuento; pero donde la condición está más clara es en los *Acontecimientos trágicos causados por el amor*.

Ya en estos más antiguos narradores se notan varias especies de cuentos. Son los principales: el cuento de maravilla, encantos y cosas sobrenaturales, el cuento de amor y el cuento de hechos ó dichos agudos, con frecuencia brevísimo y que suele reducirse á un epigrama en acción; á lo que familiarmente se llama en español *chascarrillo*.

Los cuentos que más han quedado como tales cuentos son los de hadas, asombros y prodigios.

Los *chascarrillos*, si tienen un valor histórico, son anécdotas; y cuando no, se inventan nuevos cada día y circulan de boca en boca, ó bien se reunen en colecciones, como, por ejemplo, una muy abundante, publicada en España por Monlau.

Los cuentos de amor, sobre todo cuando no hay en ellos elemento sobrenatural, son novelas en compendio, novelas en germen, y, á menudo, desde la antigüedad clásica hasta nuestros días, suelen ser sobrado alegres ó dígase muy obscenos. Así muchos cuentos milesios y de Sibaris; así los cuentos de Boccaccio y de otros autores italianos; los franceses de la Reina de Navarra, y los puestos en verso por Lafontaine y por Casti.

Escritores ingeniosos, tomando poco de la tradición, han inventado ó semi-inventado cuentos, tal vez con el deseo de divertir, tal vez además con un fin filosófico ó político, de enseñanza ó de propaganda. Los más bellos ejemplos de esta clase de cuentos, salvo la poco sana intención de su doctrina, los ha dado, en nuestro sentir, Voltaire en sus novelas cortas en prosa, como v. g. *El Escarmentado*, *Micromegas*, *La Princesa de Babilonia*, *El toro blanco* y otros.

Por lo general, con todo, puede afirmarse que los cuentos más lindos, escritos por autores de fama, se fundan

en tradición oral, han peregrinado mucho, han ido de boca en boca por todos los países, y el autor que los ha escrito sólo ha puesto en ellos el estilo, dándoles, si el estilo es gracioso y perfecto, su redacción y forma definitiva. De este género son *El Asno*, de Lucio de Patrás; la historia de Psiquis y Cupido que ingiere Apuleyo en su famosa novela; la *Matrona de Efeso*, insertada por Petronio en el *Satiricón*; el *Jocondo* y *El perro precioso*, que forman dos episodios del *Orlando*, de Ariosto; y más modernamente los cuentos de Perrault, de madame d'Aulnoy, y de madame Prince de Beaumont en Francia, de Musäus, y el canónigo Schmidt en Alemania, y de Andersen en Dinamarca.

Los árabes inventaron muchos cuentos, y quizá tomaron más en la India y en la Persia y los comunicaron á los europeos, ó bien por medio de comerciantes cristianos y de guerreros cruzados, ó bien á causa de sus invasiones y larga permanencia en España y Sicilia.

La divulgación y comunicaciones de estos cuentos asiáticos tal vez se nota, por escrito, antes que en ninguna otra literatura, en la española, de lo que dan testimonio los cuentos del *Conde Lucanor*, escritos por el Infante don Juan Manuel en el siglo XIV.

Más tarde nadie ha divulgado más y mejor en Europa los cuentos asiáticos que los franceses: Galand con *Las mil y una noches*, cuentos árabes, y Petit de la Croix con *Los mil y un días*, cuentos persas.

Los cuentos de todo género y de todo origen han seguido y siguen escribiéndose en Europa, á pesar de la afición á la novela. Muchos de los mejores novelistas escriben cuentos, ora inventados del todo, ora tomados del cuento oral y vulgar y exornados por ellos. Zola, Nodier, Daudet, Gautier, son autores de cuentos en Francia; Bulwer en Inglaterra; en España Bremón, Valera y Carlos Coello.

Entiéndase que citamos algunos nombres y hechos y no apuramos el asunto, que es muy vasto.

El cuento, no considerado ya como un género de literatura, como obra escrita, sino como narración oral y vulgar, ha sido profundamente estudiado en estos últimos tiempos por ser parte ó ramo de la Filología comparativa y de la Etnografía. En cada nación y hasta en cada provincia ha habido coleccionadores pacientes, que han ido recogiendo los cuentos de la boca del vulgo, reuniéndolos y publicándolos en libros. Hay así cuentos alemanes, ingleses, irlandeses, griegos, turcos, rusos, húngaros, etc. En suma, no hay país que no tenga su colección ó colecciones de cuentos. Por donde quiera, tomando el vocablo, y acaso la idea, de los ingleses, se han fundado Sociedades de *folk lore* ó de Mitología, Poesía y Filosofía instintiva de la plebe, dedicándose los socios á estudiar, reunir y publicar todos los productos de estas aptitudes de los hombres rudos é indoctos, ó los documentos que en la memoria guardan del saber y del ingenio de otros siglos. En España abundan estas Sociedades, y algunos de sus individuos son muy activos. Gracias á ellos tenemos colecciones de coplas, refranes, enigmas, sentencias y cuentos.



LA ORACIÓN, escultura de P. Carbonell

Acontece casi siempre que cada cuento vulgar, y más aún mientras más antiguo es, se halla en todos los países con más ó menos variantes, pero el mismo en el fondo. ¿Quién sabe cómo el cuento ha pasado de unos pueblos en otros? Tal vez le inventaron en la India: tal vez es un *mito* de los arios primitivos, antes de que saliesen del centro del Asia y dejasen las faldas del Cáucaso indiano para extenderse por toda la tierra. Lo sobrenatural del cuento varía, y la acción persiste. El dios indio se transforma en Grecia en dios helénico; en la Edad Media cristiana en bruja, santo ó demonio, y en peri ó hada entre los orientales.

De esta suerte el asunto que sirve de argumento al drama *Sacuntala* de Calidasa está en el cuento español de doña Guiomar. La *apsara*, convertida en hechicera, maldice á la joven diciendo: «permita el cielo que el que te lleva te olvide,» y el príncipe, á pesar de su sincero y grande amor, viene á olvidarla, y sólo la recuerda cuando se deshace el encanto. Es cuento pagano lo del mancebo que pone su anillo en la estatua de Venus; la diosa cierra los dedos y ya no es posible sacar el anillo. El mancebo queda desposado con Venus, y ya con ninguna mujer mortal puede casarse. Este cuento, que da argumento á una novelita de Próspero Mérimée, está contado en *Las Cantigas del Rey Sabio* como un milagro de la Santísima Virgen.

Los tres burladores, que hacen ó fingen hacer al rey un traje de una tela que no ve el tonto, y dejan al rey desnudo, y nadie, ni el propio rey, se atreve á decir que no ve el traje, á fin de que por tonto no le tengan, es cuento que pasa en Andersen por un cuento popular dinamarqués, y lo será sin duda; pero este cuento viene ya contado, y con no menos gracia, en *El Conde Lucanor*, salvo que no era el tonto, sino el hijo de p... quien no podía ver la tela: y así es que el rey, los ministros, los cortesanos, todos los sujetos de importancia, aseguran que ven el traje; y es necesario que un miserable negro, á quien nada importaba la legitimidad de su nacimiento, diga que el rey va en cueros, para que todos lo repitan y se manifieste el engaño.

Los amores de Psiquis y Cupido se refieren por el vulgo de España, sin que se digan los nombres de los amantes y sin que el narrador sepa que la historia que narra la escribió Apuleyo y la pintó admirablemente Rafael de Urbino.

Los viajes maravillosos etc., y las *Utopías* ó tierras y pueblos extraños, aparecen muy semejantes á veces en todas las lenguas y en la boca del vulgo. Apenas hay país que no tenga su cuento parecido al de Simbad el Marino. Todavía venden los buhoneros y los ciegos, en los campos y lugares de España, los viajes del Infante don Pedro de Portugal *por las siete partidas del mundo*.

La idea fundamental de alguien que se duerme ó se deleita ó se extasía, piensa haber estado así breve tiempo, vuelve en sí, y halla que han pasado muchos años ó muchos siglos, se repite en mil narraciones, desde el sueño de Epiménides hasta el cuento japonés del pescadorcito y la tortuga. Como leyenda cristiana aparece la misma idea en vidas de varios Santos y Padres del yermo. Nada en este género más bonito que una leyenda italiana, escrita en el siglo XIV.

El poeta yankee Longfellow ha puesto en verso una historia de este orden, como la española de San Amaro, publicada en el siglo XVI.

El *Jocondo* de Ariosto es en sustancia el primer cuento ó cuento-introducción de las *Mil y una noches*, y sin duda Ariosto le oyó y no le leyó, pues en su tiempo no corrían en lengua ninguna de Europa los citados cuentos árabes.

Lo del sabio viejo y desengañado que hace pacto con el demonio para remozarse, ser rico y enamorar á las mujeres, corre de boca en boca y de mil modos y por todas partes, antes de fijarse en *El mágico prodigioso* de Calderón y en el *Fausto* de Gœthe. Antes había dado asunto á un poema de la emperatriz de Constantinopla, Atenais, á un drama de la monja Hroswita, á un milagro de Gonzalo Berceo, á una cantiga del rey don Alonso, y á otros varios decires y escritos en verso y en prosa.

De amores sobrenaturales de hombres y mujeres con dioses, genios, hadas, sílfides, ondinas, gnomos, diablos, sátiros y duendes, hay un mar de cuentos en todos los países, y esto hasta el punto que con frecuencia ha vuelto el cuento á ser historia y á ser tenido por verdad, de varios modos. El P. Sinistrari d'Ameno escribió un libro donde da por cierta la existencia de los duendes ó genios y sus amores con hombres y mujeres, de los que refiere muchos casos divertidísimos.

En la aparición de los difuntos, ó mejor dicho, de sus almas, se han fundado también muchos cuentos, en cuya posibilidad vuelve también á creerse merced al espiritismo.

Toda esta transmisión, constante vida y ubicuidad de los cuentos, ha excitado á los eruditos á escribir su historia, como una parte de historia de la Filología y de las creencias, supersticiones ó presentimientos y vagas noticias de lo maravilloso, que ha tenido el entendimiento humano en su marcha progresiva.

El asunto es tan vasto, aun concretándole y precisándole bien, que Max Müller, por ejemplo, sólo para escribir la historia de los viajes, apariciones en diversos países y modificaciones que ha ido teniendo el cuento ó fábula de la lechera, puesta en verso por Lafontaine en Francia, y por Samaniego entre nosotros, ha empleado medio tomo de lectura, y no cansada, sino amenísima. Nosotros, debiendo ceñirnos á la estrechez que consienten los límites de un artículo, creemos haber dicho ya lo que basta para dar idea de la importancia y valer de los cuentos.

Como género de literatura el cuento es de los que más se eximen de reglas y preceptos. Conviene, sí, que el estilo sea sencillo y llano; que tenga el narrador candidez ó que acierte á fingirla; que sea puro y castizo en la lengua que escribe, y, sobre todo, que interese ó que divierta, y que, si refiere cosas increíbles y hasta absurdas, no lo parezcan, por la buena maña, hechizo y primor con que las refiera.

J. V.

BALANCE GEOGRÁFICO DE 1889

I. - EL CONTINENTE NEGRO

Un hecho predomina en estos momentos sobre todas las noticias geográficas del globo: el regreso inesperado de Stanley, el héroe africano, el explorador incomparable por su audacia y por la importancia de sus descubrimientos.

No tan sólo ha vuelto Stanley con la mayoría de sus compañeros, sino que ha libertado y traído consigo á Emín bajá, Casati y los egipcios prisioneros que han querido volver. Carecemos de espacio para dar aquí todos los detalles de esta expedición homérica que ha durado tres largos años; sin embargo, la indicaremos sucintamente.

Stanley, que emprendió su marcha por el Congo en la primavera de 1887, remontó el curso á la sazón desconocido del Aruwimi á través de una de las mayores selvas del mundo; llegó al lago Alberto, vió allí á Emín, que al principio se negó á abandonar su puesto, y en seguida volvió al Congo para recoger su retaguardia diezmada; un año después, llegó de nuevo, á costa de fatigas inauditas y por otro camino, al lago Alberto, y entonces Emín, á quien sus propias tropas habían hecho prisionero, consintió en salir del país.

La caravana de regreso se componía de un millar de hombres, ocho de ellos blancos: Stanley, Emín y su hija, Casati, Jephson, Bonny, Nelson, Stairs y Parkes, unos 300 egipcios compañeros de Emín, y los demás zanzibaritas y negros de la escolta de Stanley. Salió de la región de los Grandes Lagos, y después de ocho meses de aventuras de toda clase, llegó á la costa, gracias á la protección divina, según el grande explorador lo proclama en alta voz.

Entre los resultados geográficos de esta expedición memorable, bastará citar la exploración de la cuenca del Aruwimi y de su gran selva; el descubrimiento de la sierra de Ruwenzori, compuesta de montañas nevadas de 5.000 á 6.000 metros de altura; el del lago Alberto Eduardo (Muta Nzighé) cuyas aguas pasan por el Semliki al lago Alberto, de Baker. Todo esto justifica las tradiciones griegas y los mapas de Ptolemeo sobre la existencia, más




EL REY Y LA REINA DE CHOA (África oriental)

allá del Ecuador, de las fuentes del Nilo, en las montañas de la Luna.

Tiénese noticia también de la brillante travesía del Africa central que acaba de efectuar el capitán francés Trivier. En menos de un año, partido del Gabón con reducida escolta, ha remontado el Congo en los vapores del Estado libre, cruzado las Cataratas ó Falls, y provisto de un salvoconducto de Tippo-Tip, ha pasado en canoa á Ñangué, y desde allí, según se supone, al lago Tanganika, después al lago Ñaza, para ir á parar á la costa, en Quilimane. Ignórase por qué no ha llevado á cabo su proyecto de regresar por Bagamoyo, ó explorar mejor el curso superior del Lualaba, que sigue siendo la gran incógnita de aquella región.

Pasemos ahora á la cuestión política.

El Africa es hoy más que nunca el gran campo de batalla de las potencias colonizadoras europeas, batalla diplomática y cortés en estos momentos, pero que en el siglo XX, que no está lejano, se convertirá por desgracia en actos de carnicería para las razas blanca y negra.

La Europa occidental, repleta de habitantes, no es, por una parte, más que un huerto insuficiente para alimentarlos; y por otra, un vasto taller cuya producción superabundante busca salida al exterior. Ahora que América cierra cada vez más sus puertos á nuestros productos, que el Asia parece ser el dominio exclusivamente explotado por dos ó tres potencias europeas, hay que buscar en otra parte colocación para ellos.

¿Y dónde se la encontrará sino en Africa?

De esto resulta que Africa es hoy el continente más interesante para nosotros, después de haber pasado tanto tiempo desconocido y desdeñado, y que todas las naciones quieren su parte en él.

Cojamos el mapa, y con él á la vista demos rápidamente la vuelta á este continente disputado, indicando los trozos que en la actualidad pertenecen á cada nación.



EN EL «FOYER» DEL BAILE, cuadro de Federico Fehr

Presentado en la Exposición de pinturas de Munich

1. ¿De quién es el Egipto? De los turcos por tradición, de los egipcios por derecho, de los ingleses de hecho. Estos últimos se consideran allí en su casa, como los franceses en Túnez y los alemanes en Bagamoyo.

2. ¿De quién es Trípoli? De los turcos y del bey en este momento; en perspectiva, de los italianos; quizás sea un apeadero de los malteses, que allí figuran en cantidad no despreciable.

3. A los franceses pertenece Túnez, es cosa decidida; y se pretende establecer un nuevo Tolón en la bahía de Biserta.

4. A los franceses también la Argelia, que tarda ya mucho en construir su ferrocarril al través del Sudán, hacia Tombuctú y el Senegal, y en vengar al coronel Flatters, asesinado en el Sahara.

5. A los marroquíes, por el momento, Marruecos, gracias á la competencia entablada entre franceses, españoles, ingleses y alemanes.

(Concluirá.)

PUBLICACION IMPORTANTISIMA

LA SAGRADA BIBLIA Traducida de la Vulgata latina al español por D. FÉLIX TORRES AMAT, revisada por el Reverendo doctor *D. Ildefonso Gatell*, y con licencia de la autoridad eclesiástica. **Edición popular á 10 céntimos la entrega**, ilustrada con más de MIL grabados intercalados en el texto que reproducen fielmente los sitios á que se hace referencia en el sagrado texto, monumentos, antigüedades, plantas, animales, etc., sacado todo de fuentes auténticas, y aumentada esta colección con CUARENTA láminas sueltas, comprendiendo mapas, cromos y láminas en negro, de indiscutible mérito.

Se admiten suscripciones en las principales librerías de España y América, ó bien dirigiéndose á los editores, señores Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN